

Año I.

San Felipe, 9 de Enero de 1876.

No. 3.

SUMARIO.

Carolina, (conclusion), por Ruperto Marchant Pereira.—La mujer, poesía, por Rosario Orrego de Uribe.—En la tumba de una amiga, poesía, por J. M. T. A.—Dorila, poesía, por Daniel Caldera.—La agonía de una madre.—A la poeta Dolores L. de Guevara, poesía, por Augusto Ramírez S.—¡Ah!, poesía, por Daniel Caldera.—Charada, por Crosat.—A María Luisa, por D. A.—Folletín: Los Ermitaños del Huaque, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita original, por Lucrecia Undurraga de Somuriva, (continuación).—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

CAROLINA.

(Conclusion.)

Yo temblaba en mi escondite; hubiera querido salir para ir a caer de rodillas delante de aquella niña que ya comenzaba a fascinarme. ¡Oh! qué feliz hubiera sido en poder secar, con mis manos, las gotas de rocío que brillaban en los botincitos de Carolina! ¡Qué feliz hubiera sido si esos ojos que, con tanta dulzura miraban a la anciana i a esas flores que yo envidiaba, se hubiesen fijado en mis ojos con la misma apasionada mirada, con la misma dulce sonrisa!

—Pero, en cambio, continuó Carolina acariciando a la buena anciana, mira como están rojas mis mejillas.

—Tanto peor, hija mía, eso significa que la humedad i la agitación pueden ocasionarte una fiebre....

—¡Qué fiebre, abuelita! todo lo contrario, el aire puro de la mañana i el perfume de las flores no pueden menos de dar mas vida. ¿No oyes como cantan las avecillas? I esas aguas tan cristalinas que corren en el arroyuelo.... Ven, abuelita, mira que espejo tan puro ¡já, já, já! i como te ves ahí dentro, con tus mechitas blancas que se encrespan en tu frente....

—¡Malvada! todo es porque te diga que esa linda imágen que se refleja en las aguas, esos cabellos castaños i esa boquita de coral son el retrato fiel....

—¿De quién, abuelita, de quién?

—De un ángel, mi Carolina.

Un beso resonó en aquel lugar; un beso mas dulce que el trinar de las avecillas, mas blando que el suspiro de la brisa, mas perfumado que el aroma de las flores.

¡Pobre corazón mío, i cómo repiqueteaba dentro del pecho! El cedron en que me apoyaba por poco no se hizo trizas; mis manos crispadas arrancaban, a manojo, las ramas i las hojas; yo comenzaba a volverme loco; mi ce-

rebro jiraba como torno de hilandera i mis ojos fijos, fijos en aquella celeste aparición ca si se salían de sus órbitas.

—I ¿qué vas hacer con esas flores?

—Estas flores son....

Una lágrima brilló en los ojos de Carolina; yo sentí que los míos también se humedecían.

—Te comprendo, replicó con voz grave la anciana, te comprendo: eres una buena hija; vamos a la tumba de tu madre, vamos a rezar, Carolina.

La anciana se apoyó en el brazo del ángel que acababa de robarme el corazón i, tristes i silenciosas, se internaron en el bosque.

VI.

Pasaron algunos días. Carolina volvió muchas veces a las orillas del arroyo; yo la veía siempre i siempre, al ir a hablarla, una cadena de acero me sujetaba, dejándome clavado en el mismo sitio. ¡Es tanto el respeto que inspira una mujer adorada!

Buscando entre los árboles, había encontrado una cruz: era allí donde Carolina depositaba sus flores; era allí donde ella, de rodillas, elevaba su alma hacia Dios. ¡Cuantas veces, enamorado i fuera de mí, cubrí de besos aquellas flores que habían tocado las manos de mi ángel! ¡Cuántas veces, mis suspiros, interrumpiendo el silencio de aquel lugar, hicieron estremecerse a Carolina en sus momentos de oración! Yo la veía, la hablaba con mi alma, pero siempre, un temor inexplicable, me detenía cuando ya estaba al punto de correr hacia ella.

Sin embargo, era preciso poner un término a aquella situación, pues yo me sentía morir. Desde aquella feliz mañana en que la encontré por primera vez en el bosque, yo no dormía, ni tenía un momento de reposo; la imágen de Carolina, robándome los instantes, me robaba todos los pensamientos i hasta el menor latido del corazón.

—Ideeé un medio que luego puse planta: durante varios días, apenas brillaba la aurora, corría al arroyo, cortaba las flores mas lindas i, formando coronas i guirnaldas, las iba colocando en rededor de la cruz. Grande fué la sorpresa de Carolina, cuando vino con su ofrenda cotidiana, al encontrar ya engalanada la tumba que tanto parecía amar. Volvió, al siguiente día, i al encontrar que las flores, en vez de marchitarse, se volvían mas fragantes i mas hermosas, comenzó a dudar i, azorada, miraba en torno como tratando de descubrir el misterio de aquellas flores. Por fin, al tercer día, entre temerosa i resuelta, la ví ade-

lantarse lentamente como si temiese el acercarse; yo temblaba, pero una voz secreta me decia que aquella ocasion talvez seria la ultima que se me presentaba; no esperé, pues, por mas tiempo i, saliendo de entre los arboles, fuí a caer de rodillas a los pies de mi adorada.

—¡Carolina! balbuceé.

Ella quiso huir, pero, debió ser tal la expresion de mi semblante que, de pronto, se detuvo i, mostrándome la cruz, se arrodilló senciosa junto a mí.

—¡Madre mia! ¡madre mia! repetia con dulce acento. Las lágrimas bañaban sus mejillas; yo sentí que el corazon se me despedazaba i que, como ella, yo lloraba tambien.

Desde aquel dia, un lazo divino unió nuestras almas: un amor puro, inmenso, santo i sellado por un juramento solemne prestado sobre una tumba.

¡Dulces horas de plácida alegría i de bienestar sin fin! ¡gratos momentos de celeste encanto i de arrobadora felicidad! ¡volved! ¿qué os habeis hecho?

VII.

Trascurrió un dia i otro dia; yo era el mas feliz de los mortales: amaba a Carolina con toda mi alma i era correspondido ¿qué mas podia desear? Ella lo encerraba todo para mí: sus ojos eran mi embeleso: sus palabras resonaban en mis oídos como la mas dulce cancion; su sonrisa me enloquecia; su aliento me embriagaba; sus caricias me hacian soñar con un eden de ventura ¡era feliz! sí ¡era feliz! Nada mas deseaba; nada mas queria; nada, sino llegar a ser el esposo de Carolina ¡el esposo!.... ¡pobre loco!.... ¿pero, cómo, cuando ella, pobre e ignorada, no tenia mas riquezas que su hermosura, ni mas timbres que su virtud? ¿Consentirian mis padres que mi nombre se ligase al de aquella niña? i ¿qué diria mi familia? ¿qué diria la sociedad?.... ¡Terrible idea que me anonadaba i que me hacia sufrir un martirio atroz! ¡Preocupacion necia pero tremenda, i, ante la cual, como contra una roca de granito yo veia se habian de estrellar todas mis esperanzas, todos mis ensueños i mi dicha toda!

VIII.

No sé cómo, ni de qué manera, mis padres se percibieron del secreto amor que, con tanto cuidado, guardaba en mi pecho, lo cierto fué que, una tarde, cuando menos lo esperaba, me anunciaron que era llegada la hora de volver a la ciudad para continuar mis interrumpidos estudios. ¡Dios eterno! ¡aquella era la

sentencia de mi muerte o de la muerte de mi Carolina! aquella separacion que yo habia olvidado, en que ni siquiera habia pensado, que jamas creí hubiese de llegar; aquella separacion terrible, cruel, imposible, acababa de presentarse a mi vista con toda su atroz desnudez: ¡era preciso partir! ¡era preciso decir adios a mi ángel, a esa niña que me habia robado la paz, la calma i a quien yo habia entregado mi corazon, mi vida!.... Quise volverla a ver, mis padres no me lo permitieron. Lloré, supliqué ¡todo fué en vano! Desesperado, loco, llegué hasta las amenazas.... nada pude conseguir i arrastrado, ya que no moribundo, fuí conducido a la ciudad.

IX.

No quiero recordar aquellas horas de angustia i de mortal agonía; no quiero renovar una herida profunda i jamas cicatrizada. Los dias que se sucedieron a aquella escena han dejado en mi alma una huella imperecedera

¡Carolina! tú no sabes las lágrimas que yo vertí en mi soledad; tú no sabes los sufrimientos sin cuento que, poco a poco, fueron minando mi existencia hasta ponerme casi al borde del sepulcro!

¡Carolina! tú tambien mucho tendrías que sufrir, pero ¡ah! yo creo que tu dolor jamas pudo igualar al mio!

¡Carolina! yo te amaba con toda la intensidad de un corazon que, por primera vez, siente el primer latido de amor. Sí, te amaba, Carolina, como te amo aun hoy dia i como te amaré hasta que mi alma vuele a reunirse con la tuya en la mansion de la paz i de la eterna beatitud!

X.

Los años trascurrieron unos en pos de otros. Acaba de concluir los estudios superiores. Ya era hombre; ya podia disponer de mi albedrio. Partí, pues, para el lugar de mis ensueños. ¡Cuánto tardaba en llegar el coche que me conducia! i, sin embargo, los caballos volaban que no corrian.

Desde mi partida, no habia tenido noticia alguna de Carolina. ¿Me habria olvidado? ¿amaria a otro?....

El campanario de la iglesia de la aldea aprecio por encima de los arboles del bosque; mi corazon dió un vuelco en el pecho; la sangre se helaba en mis arterias. Salté del carro i, fuera de mí, corrí por los senderos que yo conocia; llegué al arroyo; las aguas seguian con su eterno murmullo, las aves cantaban entre el ramaje; seguí siempre adelante; algunos arboles estaban tronchados; caminé, ca-

miné siempre.... ¡Dios! ahí estaba la cruz, mudo testigo de mi primer i único amor; caí de rodillas; quise orar, no pude; mis dientes se entrechocaban; quise gritar, la voz se anudó en mi garganta ¡un nombre, sí, un nombre estaba recientemente escrito en la cruz! me restregué los ojos; creí que soñaba, pero, no: la verdad palpitante i fría, estaba ahí horrible, tremenda, cruel ¡aquel era el nombre de Carolina!

Carolina había muerto, así lo supe mas tarde, cuando, recobradas mis abatidas fuerzas, pude de nuevo volver a la ciudad.

Esto me contaba un amigo, un dia que, paéndonos por un solitario bosquecillo, lo interpelé acerca de la indefinible tristeza que brillaba siempre en su semblante.

¡Pobre jóven! Carolina, al abandonar el mundo, parece se llevó consigo el alma de mi amigo. ¡Infeliz de él! no tardará en acompañar a su amada: la tristeza que lo abruma es una serpiente que, poco a poco, va royéndole el corazon. El conoce el fin que se le espera; ese fin él lo ve venir i lo ansía; por eso, marcha siempre cabizbajo i pensativo; por eso, jamás se le ha visto sonreír; ya se ve, la única sonrisa que se dibujará en sus labios será la amarga sonrisa de la muerte.

Santiago, octubre 12 de 1874.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA MUJER.

POESÍA LEIDA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.

Instruid a la mujer, si quereis pueblos
Que se eleven felices, soberanos,
Mirad que la mujer tiene en sus manos
La vasta cuna del humano sér.

Su mágico atractivo, su alma tierna,
La hacen irresistible i poderosa,
En el modesto hogar, dulce, amorosa,
Crea un mundo a su imájen la mujer.

La vida misma de los grandes pueblos
Como en su espejo se refleja en ella:
Si es instruida i virtuosa ántes que bella,
Allí habrá dicha, libertad, union.

La mísera ignorancia es para su alma
Ruda maleza que una flor marchita
I al abismo talvez la precipita,
Manchando la virtud del corazon.

¡Hoi Chile no es la patria del pasado!
Ya el telégrafo cruza nuestro suelo,
La audaz locomotora en raudo vuelo
Montes i abismos se le ve salvar.

Las ciencias i las artes se difunden,
Se ilumina la mente creadora,
El libre pensamiento se enseñora
I el extranjero aquí fija su hogar.

I en medio de este mágico concierto
Que eleva a nuestra patria a su apojo,
¿Quedará la mujer, débil pigmeo,
Sin levantar la mente a otra rejion?

¿La fuente del saber le fué vedada?
¿No recibió de Dios la inteligencia?
¿Las bellezas del arte i de la ciencia
Rudos misterios para el alma son?

Sensible, amante, jenerosa, injenua,
Escollos mil encuentra en su camino,
¿I cómo ha de luchar contra el destino
Si no adquiere la ciencia del vivir?

Si su espíritu noble es cultivado,
Mas brillarán las dotes de su alma,
I en la recia tormenta hallará calma
I anjélico valor para sufrir.

Pues ¿qué le sirve frágil hermosura,
Flor que deshoja el hálito del viento,
Si no brilla en su frente un pensamiento
Que revele su oríjen celestial?

Si abandona su rica inteligencia
Bajo el ocio fatal que la domina,
Si no estudia, no piensa, no imagina
Mas allá de lo frívolo i trivial?

Todo cuanto es de formas se aniquila,
La juventud es gala de un instante,
Palidecen las gracias del semblante,
Se niega a sonreírnos el placer.

Mas, siempre jóven, vivirá radiante
Del ingenio la lumbre seductora:
La mente en sus arcanos atesora
Belleza, gracia, juventud, saber.

Si ella mas vírgen, soñadora i bella
Tiene la viva, la sensible mente,
No mireis con espíritu indolente
Extraviarse su ingenio en el error.

Mostradle el vasto campo del estudio,
Premiad con noble aplauso su desvelo,
I amante, intelijente, os dará un cielo
Dando al hogar la dicha i el amor.

Valparaíso, 1873.
ROSARIO ORREGO DE URIBE.

EN LA TUMBA DE UNA AMIGA.

(IMPROVISACION.)

Doblegó su frente embelleciendo el cielo con su última sonrisa.

CHATEAUBRIAND.

Cual la brisa que vaga perfumada
Entre las bellas flores,
Al pasar murmurando enamorada
Misteriosos amores,
Así, Virjinia, tus hermosas horas
Fugaz pasaron para no tornar,
Como en el mundo pasan las auroras,
Como todo en el mundo ha de pasar....
Te ví un momento: candorosa i pura
Tu hermosa frente levantarse ví,
Cual la rosa que ostenta su hermosura
Robando al cielo encantador matiz.
Loco entonces de amor i palpitar
Yo a tus plantas de hinojos me postré,
Pero jai! en un instante
Yo solo me encontré!
Corré a buscarte i al decir tu nombre,
Me respondió una voz:
—Aquí no alcanza ya el poder del hombre....
Virjinia yace en el poder de Dios.

1863.

J. M. T. A.

DORILA.

Vivia yo alegre,
Pasando la vida
Sin llanto ni penas
Cuando ví a Dorila:

La encontré en un prado,
Por el cual corria;
Del color del cielo
Andaba vestida,
Del color del cielo
Los ojos tenia.
Miróme i sonrióse
Con risa divina,
Abriendo en mi pecho
Hondísima herida,
Que en llanto ha cambiado
Mi antigua alegría.
Hoi paso llorando
Enteros los días,
Pues dura a mi amor
Se muestra Dorila.

DANIEL CALDERA.

LA AGONIA DE UNA MADRE.

Es de noche.

La campana del templo trasmite en sus trémulas vibraciones al espacio la triste nueva de un sér que deja el mundo.

¡Ah! ese toque de agonía tiene algo de misterioso i de solemne que despierta en el alma ménos piadosa un sentimiento indefinible i tierno.

La conciencia del criminal se estremece al ruido fúnebre de la campana, i sin embargo quisiera oirla siempre, quisiera que esos labios de bronce le hablaran eternamente en el mismo lenguaje, porque en esos momentos sufre, i el sufrimiento es un bálsamo suave, dulcísimo para los que jamas experimentan ningún dolor ni vertieron ninguna lágrima.

En un modesto hogar del vecindario tiene lugar un cuadro doloroso i conmovedor.

Ved esa mujer tendida en humilde lecho.

Tranquila está su fisonomía, serena su mirada.

Su cabeza, circundada de blancas hebras, descansa sobre la almohada, de donde no se levantará ya mas para recibir las bendiciones del cielo.

El brillo de sus ojos, ese brillo incierto que parece expresar en el postrero instante de la vida la majestad terrible de la muerte, se extingue por grados.

Sus labios exhalan entrecortadas frases.

Es la plegaria sublime del moribundo.

De pronto, un sollozo tristísimo i la voz infantil de una niña que llora, interrumpe el silencio de esa fúnebre escena.

¡Ai! es Amalia, la pobre Amalia, la desdi-

chada creatura, que postrada al pie de un crucifijo, implora al cielo la salvacion de su madre; es Amalia, si, Amalia, que ya no verá mas el santo ídolo de su cariño, ni sentirá sus maternales caricias, ni sus dulces palabras, ni sus amorosas sonrisas; es Amalia, que ya no recibirá sobre su frente virjinal el beso de amor del ser que le dió la vida, del ser que amaba mas que a si misma (porque era su madre, su querida, su idolatrada madre!)

— ¡Dios piadoso, ten piedad de la huérfana! exclamaba la pobre niña. ¡Madre mía, tomad mi vida por la tuya! ¡Salvadla, Señor, salvadla!

La anciana moribunda, al escuchar esas frases, se reanima, hace un esfuerzo, se incorpora, tiende la vista en rededor de sí, la fija dulcemente en Amalia i exclama con tierna voz:

—¿Eres tú, hija mia? ¡Ven, acérdate al lecho de tu madre! ¿Por qué lloras?

Amalia se aproxima con tembloroso paso, pero procura disimular su íntima pena i reprimir su llanto; finjese aun tranquila i resiguida, pues teme acabarar las últimas horas de esa existencia espirante.

—¡Ven, hija mía; siéntate aquí i escúchame un momento!

La niña se sienta i toma entre sus manos las manos frias de la anciana, que continuó con voz reposada:

— He vivido sesenta años. Si yo muero, quedas, hija mia, en el mundo, en este mundo donde la virtud es muchas veces escarnecidada i el vicio premiado, donde las buenas acciones se olvidan i las malas se alaban o se encubren con los fascinantes oropeles del fausto i de la riqueza. Apesar de esto, sé virtuosa, hija mia: prefiere el tosco sayal i no el pomposo boato del vicio.

Mis padres me enseñaron la senda del deber. Lo he seguido siempre, sin desviarme un solo instante. Feliz i tranquila se ha deslizado mi existencia. Jamas el remordimiento laceró mi conciencia; jamas el dolor desgarró mi corazón, porque he sido buena, porque he vuelto bien por mal; sé, pues, buena, hija de mis entrañas.

El orgullo es una de las pasiones mas innobles en la mujer; el orgullo degrada, no realza; envilece, no eleva. Desprecia, pues, el lujo, despréciarlo, Amalia: que si el lujo obtiene un triunfo pasajero, ese triunfo es casi siempre precursor de la mas triste deshonra i de la mas afrentosa ignominia.

Yo he sido modesta toda mi vida, no he brillado en los grandes salones, pero he disfrutado los placeres incomparables de un hogar dichoso: sé, pues, modesta, Amalia mia. Niña aun, murieron mis padres. Apénas tenía veinte años. No me dejaron mas herencia que su nombre i sus virtudes. Esas virtudes las cultivé en mi corazon. Era buena, modesta i virtuosa. Destinóme el cielo un hombre que no

tenia tampoco mas fortuna que su honradez. Lo amé, me amó él i fuí su esposa. Ese hombre era tu padre, Amalia, tu padre que hace diez años me precedió en la nueva senda que hoi debo recorrer; tu padre, que desde los cielos te contempla, como yo al pie de la tumba te bendigo. Desprecia el lujo i las vanidades de este efímero mundo. No odies nunca, perdona siempre.

No ambiciones riquezas sino para distri-
buirlas entre los pobres. No busques la felici-
dad en el bullicio del mundo, sino en el retiro
del hogar; no la busques en los placeres fuga-
ces de esta sociedad escéptica, sino en la prá-
ctica del bien i en el culto hermoso de la vir-
tud.

— Al pronunciar estas palabras, la anciana dejó caer su cabeza sobre la almohada, oprimiendo contra su seno la de Amalia.

Hubo un momento de silencio, momento de horrible angustia para la pobre anciana, que por un presentimiento misterioso veía aproximarse la hora fatal de la eterna separación.

De improviso, un estremecimiento extraño se apodera del cuerpo de la anciana moribunda, su semblante palidece, su mirada brilla incierta, como los resplandores de una luz que se estingue, i sus labios se entreabren, exclamando con voz apagada:

Adios... hija mia... No te olvides de tu madre.

¡Madre sublime, sube al cielo!

Tu hija, tu Amalia, queda huérfana en la tierra, huérfana i sola; pero la virtud se fortalece, se retempla, se acrisola en la lucha, i Amalia luchará i triunfará, i será lo que tú fuiste, porque lleva en su alma la tuya i en su corazon tu corazon.

A LA POETISA DOLORES L. DE GUEVARA

Canta, canta, poetisa,
Que es tu canto seductor
El murmullo de la brisa,
De las musas la sonrisa,
El trino del ruiseñor.

¡Canta, que el alma suspira
Al blando i melifluo son
De las notas de tu lira,
Porque tu cantar inspira,
Porque llega al corazon!

¡Canta, que en tu suave acento
Pintada tu alma se ve!

De tus versos al concuento
Se disipa el sufrimiento
I brota pura la fé.

La fé, antorcha luminosa
Que guia en la oscuridad
A nuestra vida azarosa,
I con su lumbre radiosa
Nos muestra la eternidad.

La fé . . . [presente destino
Que calma nuestra inquietud,
I que al pobre peregrino
Lo consuela en su camino
I le afirma en su virtud!

¡Canta, canta, poetisa,
Que es tu canto seductor
El suspiro de la brisa,
De los cielos la sonrisa,
El perfume de la flor!

Santiago, 1875.

AUGUSTO RAMIREZ S.

¡ A H !

Como se tiñen de arrebol las nubes
Del sol que sale a la primer sonrisa,
Así al mirarla ayer, ví yo de Elisa
Teñirse de carmín la faz hermosa:
I en la noche soñé,—fué un dulce sueño—
Que libaba, en su seno recostado,
De sus amores el licor sagrado,
Acariciándome ella ruborosa.

1873.

DANIEL CALDERA.

CHARADA.

ADIVINA:

Al negar del labio brota
Fácilmente *mi primera*,

I es, no hai duda, *mi tercera*
De la música una nota.
Discurrid de cualquier modo,
Que sacudiendo mi inercia
Gasté *mi segunda i tercera*
Por acabar con mi todo.

CROSAT.

A MARIA LUISA.

Querida amiga:

He tenido el gusto de leer en el primer número de LA BRISA DE CHILE el importante artículo que bajo el rubro de "A las san felipeñas" nos habeis dirigido a las hijas de este pueblo. Mil gracias por lo que a mí toca, querida amiga. I os felicito cordialmente por la hermosa tarea que habeis emprendido. Sí, habeis hecho muy bien en llamar a alerta a las hijas de este pueblo, que respecto a la ilustración i al progreso, duermen el profundo sueño de los justos, i solo están despiertas i vigilan de noche i de dia para hacer lindos i lujosos trajes, i prepararse a recibir matrimonios ventajosos. Esta es la realidad, querida amiga, aunque dura i amarga.

Vuestro arrojo, María Luisa, ha sido hermoso i grande, digno de aplauso. Habeis sido el centinela que da el primer paso de avanzada.

Os prometo, querida amiga, secundaros a medida de mis fuerzas. Para el número siguiente seré mas extensa i os manifestaré mis ideas sobre el particular. Por ahora lo he hecho solo para felicitaros.

Vuestra amiga que os estima i aplaude,

D. A.

San Felipe, enero 8 de 1876.

FOLLETIN.

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIJINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—Sí, señorita Blanca, continuó diciendo Tagaltahua con una ironía amarga; está Ud. destinada a ser la compañera de mi vida o de alguno de mis compañeros, si Ud. lo prefiere: tiene Ud. la libertad de elejir. Solo que exijimos ahora mismo su decisión; no estamos acostumbrados a esperar, tratándose de las mujeres. Todos nosotros la queremos a Ud. mucho, i cualquiera que Ud. elija, se dará por contento. Vamos, piénselo Ud. bien, le damos un cuarto de hora de plazo, pero será el último. ¿Entiende Ud., señorita Blanca?

Un ligero temblor i un leve rechinamiento de dientes anunció que por esta vez comprendía la mujer era ella a quien se dirijan. Por lo demás, continuó en la misma inmovilidad.

En cuanto a Tagaltahua, con la cabeza inclinada, la mirada fija, parecía esperar con calma la respuesta de la señorita Blanca, como él llamaba a la mujer.

Hubo un momento de silencio, que solo era interrumpido por chisporroteo de la fogata i por el ruido que formaba la caravana, concluyendo de tomar su *ulpo*, cuando Tagaltahua dijo como hablando consigo mismo:

—Parece increíble; pero mas de una vez he estado a punto de renunciar a mi venganza; he tenido que hacer grandes esfuerzos para no volver atras de mi camino, devolviendo a la señorita Blanca a casa de su padre, tal como la habíamos arrebatado. Sí, lo confieso; al ver la juventud, la hermosura de la señorita; al contemplar la delicadeza i el esmero con que ha sido criada, he tenido compasión, pensando en que nuestra vida salvaje i ruda va a quebrantar, a matar talvez a esa pobre niña, débil i sencilla. ¡Ah! si ella alguna vez hubiera manifestado interés, lástima siquiera por los crueles tratamientos que nos daba su padre, quién sabe si yo, Tagaltahua, la hubiera perdonado!

La fisonomía del indio, cuando llegó a esta última parte de su monólogo, era apacible i casi tierna.

Luego, poco a poco i así como las olas de un mar tranquilo se encrespan a impulsos del viento que va arreciendo por momentos, la expresión del indio fué cambiando insensiblemente a influjo de las ideas que lo agitaban.

Una risa diabólica i salvaje levantó su nervudo pecho.

—Já! já! já! já!... ¡Soi un miserable! exclamó, hablando siempre consigo mismo. ¡Perdonar a la hija del malvado que hizo azotar a mi desgraciado padre, porque, viejo i cansado, no podía resistir al duro trabajo a que se le había destinado! ¡Mas esta es una mujer!... ¿Qué me importa a mí que sea una mujer?... Mi padre era un anciano, i sin embargo, el señor de Mendoza lo mandó apalear, ordenando que yo, su hijo, presenciara este bárbaro suplicio!...

Aquí se detuvo el feroz cacique.

Su respiración era ronca i fatigosa.

Dos lágrimas corrían lentamente por su atesada mejilla.

El dolor del indio tenía algo de solemne e imponente.

Sus compañeros lo escuchaban con la cabeza baja, i aunque ninguno de ellos había pronunciado una palabra, se veía bien claro, participaban de la terrible conmoción que hacia estremecer a su jefe.

Este, sin cuidarse de sus compañeros, se fué serenando gradualmente, i volviendo a su espantosa risa, exclamó:

—¡Ah! señor de Mendoza! Ordenasteis que el hijo fuera testigo del martirio de su padre.... ¡Bueno! mui bien! ¿Qué no daria yo ahora por ser testigo de vuestro dolor?.... Já! já! já! já!... ¡Ya me figuro la desesperación del buen señor!.... ¡Ah! viejo maldito!.... ¡Busca a tu hija, sí, búscalas cuanto quieras; manda a tus soldados españoles, tan malvados como tú, a perseguirnos; todo será inútil!.... Esos perros extranjeros no conocen los caminos extrañados que nosotros, los hijos de estas tierras, conocemos. Además, continuaremos andando de noche, como hasta ahora. ¡Que vengan! En quince días mas habremos pasado el Maule; estaremos entre los nuestros, i ¡ai de entonces! Ni un ejército será capaz de arrebatar su presa a Tagaltahua.

(Continuado.)

REVISTA DE SAN FELIPE.

El año nuevo ha principiado su existencia con días de calor insoportable. Agréguese a esto la falta de distracción, es decir, de un lugar de recreo donde pasar el largo calor diario, i se tendrá un cuadro completo de la monotonía que reina en esta ciudad. Los baños aun no abren sus puertas, i el teatro, con el baile de máscaras de año nuevo, ha cerrado las suyas, quien sabe hasta cuando.

* *

Por el correo urbano hemos recibido la siguiente carta, firmada por algunas bellas suscriptoras:

"SS. EE. de LA BRISA DE CHILE:

Mui señores nuestros:

Penetradas del abnegado i jeneroso proyecto de vuestro periódico, cual es el despertar en la juventud el amor por las bellas letras, principalmente en nuestro sexo, i deseando nosotras, humildes obreras de la inteligencia, contribuir en algo a la realización de tan bella empresa, nos tomamos la libertad de proponeiros una idea, que facilitará mas la realización de vuestra obra, i es la que establezcáis un buzon en la puerta de vuestra oficina, donde sea depositada toda correspondencia para vuestro periódico. Esta medida facilitará el camino para muchas tímidas niñas que por modestia o recato no se atreven a entregarnos personalmente sus producciones, pero que sí lo harán por medio del buzon. Esta será una conveniente medida para el público i que proporcionará a LA BRISA DE CHILE muchas colaboradoras, entre algunas de nuestras amigas, que por ahora preparan sus ensayos literarios.

Con tal motivo, SS. EE., tenemos el honor de ofrecernos de Uds. como vuestras mas afectísimas i SS. SS.—VARIAS SUSCRITORAS."

—Estais servidas, amables suscriptoras. La medida que nos proponeis es buena i hacia falta. Desde hoy el buzon de LA BRISA DE CHILE está a vuestra disposición i por él os servireis remitirnos vuestras creaciones. Avisamos al público que por el espesado buzon se servirá tambien trasmítirnos sus órdenes.

* *

Magnífica i soberbia perspectiva presentaba el jardín de nuestra plaza el domingo próximo pasado. Una concurrencia numerosísima de ninas i hadas hermoseaban el paseo, como

otras tantas flores primaverales. Dulces miradas i tiernos suspiros se cruzaban en todas direcciones i con vertiginosa rapidez. I todo este conjunto formaba un cuadro tan grandioso i soberano, que imponía i encantaba.

* *

Se nos informa que el señor don Antonio Gaytan, concluida una temporada de funciones en el Teatro Lírico de Santiago, vendrá a ésta con su compañía dramática a funcionar todo el tiempo de vacaciones. Feliz oportunidad sería esa que nos permitiría admirar a la insigne artista Alaid Pantanelli de Gaytan.

* *

El martes como a las cuatro de la mañana se dejó sentir un fuerte ruido subterráneo acompañado de un ligero remezón de tierra.

* *

La política es el tema favorito de las conversaciones en nuestros círculos sociales. Las acaloradas disputas i disenciones de amistades, son los frutos de dichas conversaciones.

Ultimamente, la cuestión de asalto al señor Matta, ha dado mas que hablar a nuestros politiqueros.

* *

A las personas que por temor de la temprana muerte que siempre tienen los periódicos literarios no quieran suscribirse a LA BRISA, les advertimos que garantizamos la existencia de nuestro periódico. Esta misma orden está trasmisita a los señores agentes de provincia, para que lo pongan en conocimiento del público.

* *

Advertimos a nuestros estimables colegas de la capital i de Valparaíso que aun no se han recibido sus visitas en nuestra oficina.

* *

Para el próximo número acompañará a nuestro periódico un suplemento con la opinión de la prensa del país sobre LA BRISA DE CHILE.

* *

¡Salud, lectoras! os saluda hasta el domingo vuestro afectísimo revistero i S. S.

VICENTILLO QUITAPESARES.